

CFS-52-A

EL POEMA DE LOS BESOS

JUAN SEGUNDO

(1511 - 1536)

El poema de
Los besos

ESCRITO EN VERSO CASTELLANO
POR EL POETA

LUIS DE AVILÉS

(CARLOS FERNÁNDEZ SHAW)



MADRID, 1914

DE VENTA
en las principales librerías

Precio: UNA Peseta.

Juan Segundo.
(1511 - 1536).

El poema de

Los besos.

Escrito en verso castellano
por el poeta "Juan de Avilés."



Madrid - 1914.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Al Lector.

No me extrañaría que, hasta el momento presente, desconocieras al autor de Los besos; que ignoraras, como yo ignore durante muchos años, que existió ese poeta, flor de un día, solo conocido, en verdad, a guisa de el Pirineo, por las personas muy versadas en asuntos literarios.

Si es así, natural es, que sientas deseos por obtener ciertas noticias. Te daré las que yo obtuve, brevemente, y así podrás pasar a la lectura de Los besos no bien te haya presentado á su autor.

Las noticias proceden de fuente muy clara: una diser-

Estación latina de Pedro Bosc, profesor de literatura en la Academia de Seenter, que publicó en Leyden las obras de Juan Segundo, allá por el año 1820, y el prólogo que figura en una edición francesa de Los bers, dada a luz, por la Librería de los Bibliófilos de Paris, en 1872.

Juan de Nicolás, por otro nombre Juan Segundo, nació en La Haya, el 14 de Noviembre de 1511.

¿Por qué se le llamó Juan Segundo? Probablemente, porque sus padres tuvieron otro hijo, mayor que el poeta, también llamado Juan, que murió en edad temprana, y del cual pasó el nombre a su hermano, como a

3.º Título de herencia.

Dotado Juan Segundo de un espíritu muy precoz, tales progresos llevó a cabo en el estudio de las letras que, a la edad en que sus compañeros, los colegiales de su época, dominaban apenas el latín, ya desarrollaba él en el arte de componer, sabiamente, lindos versos, en tal magnífico idioma.

Fuero por maestros a Jacobo Volcard, de Bergen y Rumbold Steene Meulen, de Malines, ambos muy celebrados por el poeta.

Con ellos estudió, durante una buena parte de su niñez; pasó a Francia en 1532; residió algún tiempo en Bourges, punto de cita entonces para toda la juventud ilustrada, ganosa de escuchar las lecciones de Aleziat, célebre profesor de derecho. Pronto conquistó

4/ to' la estima de este hombre ilus-
tre, que le otorgó el título de ju-
risconsulto. Y volvió a Malines
en 1533.

Por este mismo tiempo, suponen
algunos biógrafos que Juan Segun-
do marchó a Italia, y permaneció
en tan hermosa península varios
meses. Las razones más claras, de-
muestran, sin embargo, - expuestas
por otros biógrafos, - que no debió, que
no pudo ser así. En las obras del
poeta no hay la más leve alusión
a un viaje que, sin duda algu-
na, hubiera inspirado al joven
escritor muchas y muy bellas com-
posiciones.

Lo cierto es que, al regresar a
Malines, vivió allí muy cerca

5/ de un año, y que luego, reducido por las esperanzas más risueñas, vino a España.

Solicitado, en efecto, por Juan de Tavera, Cardinal y Arzobispo de Toledo, para que fuera su secretario, llegó a tierras hispanas durante el mes de Mayo de 1534. Acompañábasele su hermano Nicolás Grudius, que con su grande afeto pudo mitigar, un tanto, la honda pena que costó a Juan segundo resolución tal, que de tal modo le apartaba de sus lares.

La dulzura de su carácter y la belleza de sus obras, le valieron bien pronto el aprecio y la protección de los más encumbrados varones; entre los cuales, destacaba el propio Emperador

6/ Carlos V.

Pensaba el César que Juan
Segundo podría ser el vate de-
signado por la suerte para can-
tar, en un poema épico, sus mun-
das y resonantes hazañas.

Con tales ideas, quiso que le
acompañara en la expedición
a Funes; pero, a los pocos días
de viaje, durante la navegación,
el poeta cayó gravemente enfer-
mo. Retornó, pues, a España, y
muy luego a los Países Bajos.

Una vez en Bélgica, debió ocu-
par inevitablemente, cerca de Forze
de Igmond, Obispo de Utrecht
y Abad de Saint Amand, en
Haynaud, un cargo semejan-
te al que tuviera en Folesto;
pero sus dolencias, muy raiza-
das ya, vencían rápidamente,

7/ quebrantaban sin tregua, las débiles fuerzas del enfermo. Después de algunos días de reposo, junto a su madre, y entre su familia, marchó en busca del obispo, a la sazón en Fournay, pero le acometió una fiebre, tan violenta, que murió al cabo de los cuatro días, el 8 de Octubre de 1536, cuando aún no había cumplido 25 años.

Recibió sepultura en Saint Amand, y, sobre su fosa, los admiradores del poeta le vantaron bien pronto un monumento bellísimo.

El furor de los herejes lo destruyó, en 1566; pero fue restablecido en toda su belleza, poco después, gracias al nuevo Abad de Saint Amand, ayudado por dos piadosos varones: Denis de Villar y Jerónimo de Wigh.

8/ Así vivió y así murió Juan
Segundo que, aun extinguido en
la flor de la edad, es considera-
do como una de las mayores
glorias de su patria y de su si-
glo. No en vano reprodujo en sus
obras la imaginación y el saber
de Propertio, la abundancia y
la facilidad de Ovidio, el en-
canto de Tibulo... No en vano
supo amar, a veces, la sátira
de Catulo y la majestad de
Virgilio.

Sus obras más célebres, ade-
más de este poema, son: el ti-
tulado Julia, Los Amores y
las Odas.

De los besos dijo el ilustre
Julio Scaliger: "son más dul-
ces que el néctar; son comple-
tamente divinos."

9/ Juan Segundo no fue, tan solo, un admirable poeta: también poseyó dotes envidiables para la pintura, para la escultura y para el grabado.

Su corazón, — así lo afirman cuanto pudieron juzgar de sus bondades, — era una fuente inagotable de carino.

En su adoración hacia la mujer, cambió muchas veces de ídolo.....

Y en menos de 25 años se extinguiría el aliento de este hombre singular, para quien llegaron todas las tristezas y los males más duros, muy semejantes a los rigores del Invierno, sin que él llegase a rebasar, en

10 / su vida, los linderos de la
Primavera.

Destino el suyo bien poé-
tico, envidiable quizás, si de
él juzgamos a distancia y des-
de un cierto punto de vista;
pero, en el fondo, bien misera-
ble, bien triste. Más que tan-
tos y tan merecidos honores
postumos, le hubieran vali-
do, en vida, los más hermosos
favores, los que no alcanzó:
los que hubieran aliviado un
punto el tormento de sus pe-
nas. Cosí va il mondo.

Fuís de Avilés.

111

Primer beso.

Cuando Venus llevó, tan dulcemente,
sobre el monte feliz de Cythera,
—tan pródigo en bellezas y en memorias,
al venturoso Ascanio, ya dormido,
lo dejó sobre lecho de violetas;
flancas rosas llovió, y en el ambiente
perfumes derramó, con mano larga.

Bien pronto sus anhelos, extinguidos
por Adonis, de nuevo retornaron.
Circuló por sus venas, ¡oh delicia!—
un misterioso fuego. ¡Cuántas veces
quiso abrazar al infantil retorno!
y cuántas exclamó: ¡Qué era Ado-
nis!

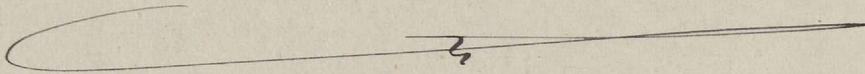
Con temor de turbar el apacible,
profundo sueño del hermoso niño,

12/ cubre de beno mil las blancas
que lo quornecen. Todas, al instante,
se inflaman. Una brisa lisonjera
acaricia, con plácido murmullo,
los labios amorosos de la diosa.
De cada flor que hasta sus labios sube
hace brotar un beso, con que acrecen
sus gozos intensísimos.

Llevada
sobre los aires, por gallardos cisnes
de radiante blancura, da la vuelta
Venus al mundo. Silenbra, complacida,
los más gustosos y adorables besos,
en la tierra fecunda, mientras dice,
por veces tres, palabras misteriosas.
¡Ah, su cosecha, pronto saludable
para la cuita y el afán del hombre,
pues consuelos tan dulces les depara!

Salud, vosotros, y salud por siempre,
los que calmáis tan súbitos ardores;

13 / ¡primos besos, languidos, amantes,
nacidos en el seno de las rosas!
Vibren y vibren mis canciones siempre
y en alabanza vuestra, mientras dure
el monte de Helicon, tan nombrado,
mientras vos feliz, fiel al recuerdo
de la famosa raza de los hijos
de Enéas inmortal, imponga al mundo
el lenguaje armonioso del Romano.



Primer beso

©1900

Lé
L
 Cuando Venus ~~llevó~~ tan dulcemente,
 sobre el monte feliz de Cyterea,
 — tan pródigo en bellezas y en memoria L,
 al venturoso Aycanio, ya dormido, Lé
 lo dejó sobre lecho de violetas; was,-
 blancas rosas llovió, y en el ambiente
 perfumes derramó con mano larga.

◆ ◆ ◆

Lé
L
28
 Bien pronto sus anhelos, extinguidos
 por Adonis, de nuevo retoñaron.
Lé
T,-
L,-
 Circuló por sus venas ¡oh delicia!
 un misterioso fuego. ¡Cuántas veces
 quiso abrazar al infantil retoño!
 Y cuántas exclamó: ¡Tal era Adonis!

◆ ◆ ◆

Lé
L
28
 Con temor de turbar el apacible,
 (profundo sueño del hermoso niño,
 cubre de besos mil las blancas rosas
 que lo guarnecen. Todas, al instante,
 se inflaman. Una brisa lisonjera
 acaricia, con plácido murmullo,
 los labios amorosos de la diosa.
 De cada flor que hasta sus labios sube
 hace brotar un beso, con que acrecen
 sus gozos intensísimos.

Llevada

Lé
L
28
 sobre los aires, por gallardos cisnes
 de radiante blancura, da la vuelta
 Venus al mundo. Siembra, complacida,
 los más gustosos y adorables besos L
 en la tierra fecunda, mientras dice Lé
 por tres veces palabras misteriosas. L tres,
 ¡Ah, su cosecha, pronto saludable
 para la cuita y el afán del hombre,
 pues consuelos tan dulces les depara!

145/

Segundo beso.

Como la vidia, con amor, se enlaza
a' los olmos ~~vecinos~~, y la yedra
envuelve en espirales de verdura
al roble colosal, así, - mi encanto, -
si pudiera enlazar, eternamente,
tus brazos a' mi cuello; si los míos
te sujetaran con abrazos firmes,
en un beso larguísimo, mi Ceres,
mi Baco amable, mi el amable Súcubo
me apartaran un punto, oida mía,
de tu boca bermeja.

—

Confundidos
en un estrecho y ardoroso abrazo,
la misma barca, de feliz memoria,
con dos tiernos amantes, llegaría
a' los imperios de Plutón.

—

Y entonces
fuéramos por campiñas olorosas,

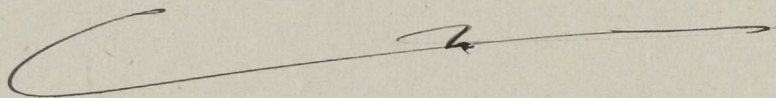
15/ donde reinan constantes primaveras.
A los bellor parajes donde, fieles
a sus amores de parados siglos,
los héroes más famosos, van tejiendo
con las mujeres a que adoran, danzas
y conciertos de mágica alegría,
por hondos valles que los mirtos bordean.

Allí, narcisos de cabello de oro
y rosas y violetas se entrelazan,
jugando con el trémulo follaje
~~del miramar~~ ~~llegar~~ foliaje
del triunfador laurel. Céfiro tibio,
en todo tiempo, suenan melodioso,
con lainguido murmullo. Sin que rom-
pan ^{span}
sus entrañas las rejas del arado,
las tierras abren sus fecundos senos.

—
Al mirarnos llegar, la alegre turba
de tanto ser dichoso, correría
por vernos a la vez; nos procurara
la inefable delicia del descanso
reparador, - sobre florido césped
y en lugar predilecto, y en compañía

16/ de tanto vate.

Porque tanto adoran
a Júpiter y Helena, complacidos,
sus lugares de honor nos cederían.



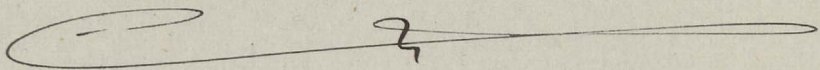
Fer cer peso

No; no son besos los que da mi Laura.
Néctar son. En su aliento perfumado
se gustan los finísimos aromas
de la mirra, del nardo y cinamomo.
Son una miel, tan solo comparable
a' la que liban múltiples abejas
en las dulces vertientes del thimeto,
o en las rosas del Atica, - tan ricas
en pompa y en perfumes y en colores,
por dejarla después, unas con otras,
en las celdillas de la cera virgen.

Si yo gustara muchos de mis besos
de pronto en inmortal me trocaría.
Me alimentaría con manjar de dioses.

Pero no, Laura, no; yo no quisiera

19/
merecer tal favor, si tu no fueres
inmortal a' tu vez. Jamás, oh Laura,
sin que te mire junto a' mí, dichosa,
querré gozar de célicos banquetes;
aunque diosas y dioses, destronando
a' Júpiter Olímpico, me ofrezcan
el cetro poderoso de los mundos.



Quinto beso.

Cuando me abrazas, tan estrechamen-
 te,
 contra tu seno, fértil en latidos;
 contra tu cuello blanco, tan hermoso;
 contra tu cara, que el pudor enciende;
 cuando juntas mis labios a' los tuyos
 por transmitirte, con ternuras hartas,
 en un suspiro de placer, tu vida;
 cuando tu aliento, de tan fino aroma,
 -céfiro sutilísimo,- devuelve
 el vigor a' mi ser; cuando recoges
 mi espíritu, que tiende a' evaporarse
 por el fuego de amor que lo consume;
 cuando me aduermes, Laura, consolado
 por el aroma de tu aliento, digo:
 "El Amor es el Dios entre los dioses.
 Dios ninguno le vence. Pero, existe
 una hermosa deidad más adorable;
 tú, mi Amor; tú, mi diosa; tú, mi Laura."

21/

Sexto beso.

Ajusté dos mil besos; los mejores.
 Fuí ya me diste mil, y mil te he dado.
 Ya es exacta la cuenta. Pero, dime:
 ¿puede el cariño calcular?

¿Podrías

decir elogios de la hermosa Ceres,
 - tan rubia, tan galana, tan hermosa,
 contando, recontando las espigas
 con que viste los campos en estío?
 ¿Quien numeró las briznas de las yerbas
 en los prados? ¿Coursá'grau se los hombres,
 oh Baco insignie, a tu ~~famoso~~ ^{famoso} culto,
 precisamente, necesariamente,
 por cien racimos de sabrosas uvas?

¿Mil abejas se piden al divino
 e inmortal Aristeo? Cuando riega
 Júpiter las campiñas agostadas
 ¿contando va las gotas de las lluvias?
 ¿si en vez de mostrárenos propicios,

22/ Júpiter, indignado, se revuelve;
si rugen desatados huracanes,
y devasta el granizo, ¿cuenta acaso
Júpiter inmortal, una por una,
las óprimas cosechas arrasadas;
las fértiles regiones que padecen
el azote feroz de sus estragos?
¿No mismo el bien que el mal vienen del
cielo
con abundancia. ¿Tan feliz largueza
es atributo principal, ilustre,
de la corte celeste. ¿Quién lo ignora?

Y tú, mi dulce Laura; tú, más bella
que la diosa inmortal que va surcando
cellestes aguas en ligera concha,
¿límite pones á tus dulces besos?
No pones, si; pero á la vez no cuentas,
—oh, corazón tan duro, tan ingrato,—
cuántos fueron mis lágrimas ardientes.
Si quieres calcularlas, cuenta a prisa

23/
los besos que me diste. Si te enojas,
no recuerdes tampoco, Laura mía,
tus poquísimos besos. Pero, escucha:
¡Ten piedad, ten piedad de mis dolores,
y dame, al fin, innumerables besos,
por lágrimas también innumerables!

—

En mi embriaguez de amor, — oh, mi adora-
da,
sin tregua, sin cesar, sobre tus labios,
sobre tus ojos vivos y habladores,
sobre el puro carmin de tus mejillas,
dierate yo cien besos. Y cien veces,
más otras cien, mil besos prolongados.
¡Y mil millones de apretados besos!
Y tantos millones como tiene gotas
el siciliano mar y como tienen
estrellas puras las celestes salas.

—
Pero al poner mis ardorosos labios
en tus mejillas de color de rosa,
en tus labios bermejos y en tus ojos
tan vivos y eloquentes, no podría
ni ver tus ojos, ni admirar tus labios,
ni tus mejillas de color de rosa;
ni tus leves sonrisas adorables,
que con rumbo poder secan mi llanto

25/ y disipan mis penas; como barre
las nubes más contrarias y sombrías,
con mil destellos, el gentil Apolo;
mientras, rigiendo su radiante carro,
desde la cuna celestial, inunda
de viva luz los serenados aires.

Cuántos, cuántos conflictos, Laura mía,
entre mis ojos y mis labios. ¿Cómo
tuviera por rival, y reportara,
ni al miserrimo Júpiter tonante,
cuando mis ojos miérense de celos
por simples culpas de mis propios la-
bios?

¿Porqué maldices, haura caprichosa,
y ofendes á mi voz, con tanto ultraje?
¿no te bastó que el pecho me pasaras
con tantas flechas, tan agudas todas?
¿y es fuerza que te ensañes; que casti-
gues, con tales iras, á mi voz; que ofendas
á la que en tantas y ~~tan~~ tan dulces ho-
ras,
- al resurgir el sol, con nuevos rayos,
al expirar sus luces postrimeras,
en tantas felicisimas jornadas
y en noches tales de recuerdo triste,
solo quise cantar tus perfecciones?

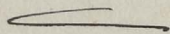
¿Ignoras que mi voz, mi voz amante,
renovando canciones lisongeras,
á las estrellas encumbro más altas,
- á las que esplenden sin cesar, tan lindas,
en las bóvedas últimas del Cielo, -
el primor y el encanto de tus rizos,

27 / la luz fascinadora de tus ojos,
y el divino matiz, con que deslumbra,
de tu ~~de~~ languido pector de alabastro?
El mismo Cielo, - con tener conciencia
de su grande, magnífica hermosura,
me tiere al cabo, por mi voz, celoso:
de tí, de tu belleza soberana.

Fue mi voz, a la par, con dulces notas,
quien, proclamando tus hechizos todos,
mil veces te llamé, - ¿no lo recuerdas,
"mi encanto!", "mi ventura!", "mi alegría!",
"mi esperanza!", "mi Vénus, mi paloma!"

¿Placen quizás a tu desdén esquivo
rigores tantos, porque sabes, Laura,
que no me duelen tus ultrajes, nunca?
Por más que la maldigas y la ofendas,
mi voz, a mis mandatos obediente,
tan solo cantará para alabarte.
¡Tal es, tan poderosa, Laura mía,
la suprema virtud de tu hermosura!

No con besos jugosos me regales,
 cual si fuese tu boca dulce fruto,
 que miel rindiera, celestial. No mer-
 ced a tus halagos, el gozoso enjambre ^{de}
 de tus alegres risas. Mientras posas
 tus manos en mi cuello, no te inclines,
 languida, sobre mí. Lirmites hallan
 los mayores placeres; Ay del hombre,
 que más disfrute del placer! Muy luego
 le amargarán las fieles de la partura.

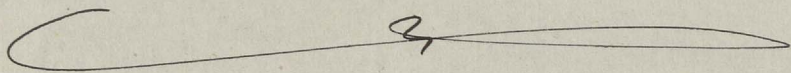


Cuando te pida nueve besos, dame
 dos nada más; ni largos y profundos,
 ni, con exceso, dulces y exquisitos.
 Como los besos que a mi hermano Apolo
 da siempre la castísima Diana.
 Como los besos que en la noble frente
 de mi padre feliz, — ¡oh, mi alborozo! —

29/ la jóven. da', purísima, preciosa,
- flor de las flores, - a quien, todavía,
no turbaron las ansias del deseo.

—
Y al punto, al punto, con ligera plan-
ta, de mis caricias y ternuras huye.
Te recaten las sombras, en asilo
muy secreto, mi bien, porque hasta el
de los desiertos seguire' tus huellas.
Por las más apartadas soledades!
Allí, tu vencedor, gallardamente,
recogerá su presa; como el buitre
que arrebató a la tímida paloma.
Sentiré tus miradas suplicantes,
la merced requiriendo de las mías;
tenderás hacia mí, medrosamente,
tus manos temblorosas, y a mi cuello
se enlazarán tus amorosos brazos.
Y guerra humillar me, desarmarme,
si no con tus miradas, con tus siete
largos besos de amor, voluptuosos

30/
¡Qué falsas, qué engañosas ilusiones!
Para borrar tu crimen, y olvidarlo,
sobre tus labios rojos, siete veces,
te daré siete besos. Con mis manos,
a una vez temblorosas, palpitantes,
y enlazadas también, — sobre los rizos
que sombra prestan a tu blanca nuca,
de tendré tu belleza fugitiva.
Hasta que al fin, pagado en tu boca
tus besos todos, por tus gracias jures
anhelar de mis labios, a menudo,
por crimen tal, castigo semejante.



No acertara a' decirte cuáles besos
 son para mí los besos preferidos.
 Si tus labios se posan en mis labios
 me enagenan sus ósculos, tan dulces.
 Los más ardientes, - ósculos de fuego, -
 se adiviñan de mi ser con un encanto
 profundo, singular. Circula, corre
 por la red intrincada de mis venas
 un intenso placer, voluptuoso;
 un delicioso ardor: fuego y caricia
 juntamente.

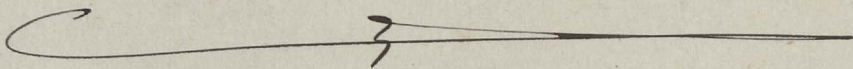
¡Cuán grande mi ventura,
 si ciervo con mis labios, en momentos
 de puro amor, tus ojos celestiales,
 tus ojos hermosísimos, - autores
 de mi mal, - tan propicios a' mis besos!
 ¡Cuán grande si me inclino dulcemen-
 te sobre tu cuello, de torcaz paloma;
 sobre tu rostro, de matices tales;

32/ sobre tus hombros, de marfil, y el seno,
como la nieve de los montes, blancos;
porque su fran la ley de mis caricias
la garganta y mejillas deliciosas;
los hombros de marfil, esculturales,
y el seno puro, de color de nieve.

¡ Ah, los supremos, inefables gozos!
¡ El de infundirnos, labios sobre la boca,
con el aliento bien hecho, el alma!
¡ Y el de cambiar de espíritus, por obra
de tanta dicha celestial, en tanto
se fallece el Amor, agorizante.

(10)
Largo o breve, languido o vivos,
cuanto besos me das, todos me encantan,
me hechizan, me enagenan, me sub-
yugan,
con el mismo poder. Siento por todos
el mismo afán. ¡ Son todos, haura una,
tuyos! ¡ Y todos para mí! ¡ Son dulces,
los ardientes, los castos, los traviesos!...

33/
Mas, oyeme. Ninguno me devuelvas
al vero que recibas semejante.
Entre múltiples oscuros, distintos,
distintos nos parezcan sus encantos.
Y en tales dulces, deliciosas lides,
quien olvidara de los dos primero
la nueva ley que dicto, que nos dicto,
-pocando así;- conozca la sentencia.
"Se otorga al vencedor premio sabroso:
tantos amantes besos como diera,
y en tantas clases de amorosos besos."



"Me dicen que en mis besos se traduce
pueril afectación, que no se aviene
con la noble rudeza de mis padres.
Cuando al fin, en mis brazos amorosos,
te estrecho mi cesar; cuando me rindo,
bajo el poder, tan mágico, tan dulce,
de tus besos de amor, ¿podré, mi Laura,
sentir dolor por lo que el mundo diga?...
¿Cuando me falta la acción del mundo!"

Al escuchar mis clamorosas voces,
mi Laura sonrió. Fendió sus brazos
amantes hacia mí. Sejó en mi boca
largo beso, más largo y delicioso
que lo que Venus prodigaba á Marte.
Y así me dijo, con su voz divina:
"No te asusten, ni un punto, las senten-
cias del público severo, por adustas
que puedan parecer. En esta causa,
solo mi amante tribunal entiende."

¿Por qué, - decidme, - si escuchais mis
 versos,
 damas insignes, las de activo rostro;
 doncellas lindas, de gentil talante,
 me negais la atención y las miradas?
 ¿sicer, acaso, con palabras torpes,
 caprichos vanos de lascivas diosas?
 ¿Imágenes obscenas reproducen?
 No lastima el pudor palabra algu-
 na
 que en mis versos eróticos pusiera.
 El más intransigente pedagogo
 los puede recitar; todos, en alto,
 delante de sus jóvenes alumnos.
 ¡Oh, canto sacerdote de las Musas,
 tan solo canto, celebré tan solo,
 puros, amables, inocentes besos.

Me combatís, empero; con miradas
 terribles, furibundas, porque acaso,

36/ bajo el hechizo de mi amante
— mi rubio sol, — y en el ardiente fuego
del buen improvisar, una palabra
quizás aventuré, semi-ligera.

¡Y al demonio, necios pudibundos!
¡Muy más allá, las llamas os calcinen
de Lucifer, idiotas mozgatos!
La mujer de mi amor, la hermosa Musa
que inspira mis canciones, de continuo,
es cien veces más casta que vosotros,
y es mil veces más pura que vosotras.
Con que prefiere, — celebrad sus gustos,
un libro sin imágenes obscenas
a un vate desmedrado y macilento.

—

37/ Secundo tercero beso.

Portrado por dulcísimo combate,
me entregué, cuasi muerto. Pero, en tanto,
con el último afán te retenía.
Era de fuego mi garganta. Vivo
fuego de amor, en ondas diligentes,
abrasaba la sangre de mis venas.
Reprimido mi aliento, por el gozo,
no restauraba los morientes bríos
del corazón. Muy lejos, con angustia,
las ondas columbraba, sovolientes,
de la fatal Estigia; sus dominios
de vagas sombras y la negra barca
del anciano Carón. Mas, de improviso,
un dulce beso de tu boca amante,
que del alma brotó con que me quieres,
mi aliento represó, vertió su aroma
en la aridez ardiente de mis labios.

Por ti, me libre de las sombras tristes,
 y del lago fatal. El viejo nauta
 para la orilla tornará, medrosa,
 sin llevar en su barca pasajeros.
 ¡Mas, ay, que me engañé! ¿Que nunca vuel-
^{ve}
 tan negro barco sin precisa carga!
 ¡Ya mi sombra le sigue, lastimera!

Es una parte de tu propia vida,
 toda vigor, la que en mi ser alienta;
 la que restaura, sin cesar, mis bríos,
 pronto a dermajar; la que, celosa
 de recobrar sus fueros, busca y busca
 la feliz ocasión que la rescate.
 Si no la reconfortas, con el soplo
 de tu aliento divino, — tan amado
 por ella misma, — logrará su intento,
 y en sombras deusas quedará, por siempre,
 que tal cautivan tan fatales sombras.

39/ Acerca, pues, tus labios a los niños;
los junta, largamente; que la misma
respiración a un tiempo nos anime,
y el mismo afán acrezca nuestros gozos,
hasta que al fin, rendidos por el ansia
de anhelo insaciable, quebrantando
la prisión, tan odiosa, de los cuerpos,
en una sola nuestras almas vuelen.



¿Porque' me brindas tu bermeja boca?
Ya no requiero tus amantes brazos,
ni tus amantes osculos, divinos,
¡oh beldad insensible!;; duro bloque
de marmol resistente! Ya desdén
tus besos vanos, porque en mí despiertan
impotentes ardores. ¡Ay, mi Laura!
¡Me transmitir un fuego que devora!

¡Huyes!; No, por piedad!; Mis ruegos oyé!
No me niegues la gracia de tus ojos.
No tus bermejos labios, que me besen.
¡Te cubriré de besos, dulce Laura,
tierna, más tierna que sedoso vello!

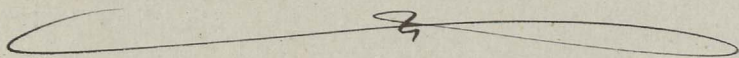
41/

Décimo quinto beso

Idalia,

El hijo hermoso de la hermosa ~~Idalia~~.
con el arco fatal apercebido,
pronto a' herirte, su flecha disponía.
Mas, vio' tu rostro, contempló' tu frente,
por tan finos cabellos sombreada;
tus vivos ojos, claros y radiantes,
y tus mejillas, del color del fuego,
y tus pechos en flor que rivalizan
con el seno, tan noble, de su madre,
y al punto, con la mano temblorosa,
volvió al carcaj' la apercebida flecha,
corrió a' tus brazos y cubrió tu rostro
de largos, dulces, diferentes besos.
Llenó' tu corazón de cien perfumes.
Y juró por su madre, por los dioses,
defender tu existencia, noblemente,
y amparar de continuo tus encantos.

42/
¿Y aún habrá quien se asombre, ¡todavía!
de que tus besos, tus sabrosos besos,
tan deliciosos, tan divinos sean,
y de que esquives, sin cesar, el alma,
por que no la esclavicen los misterios
y las dulzuras del amor, tan grandes?



43/ Décimo sexto beso.

Oh, tú, mi Laura, — Luna rutilante
y hermosísimo Sol, que no matices
ni esplendores envidias, de la Luna
radiante y bella, ni del Sol preclaro,
regálame cien besos exquisitos;
más besos, a' placer, que los que obtuvo
de los labios dulcísimos de Lesbia
su insaciable amador; tantos al menos
como son las sonrisas en tus labios,
en tus horas de afán, tan irrefables;
como son tus hechizos y tus gracias;
como son los transportes amorosos
que tu figura celestial evoca;
los afanes, las dichas, los temores,
que corren por tí; los que se escapan
de mi sensible corazón, frecuentes,
anhelantes y trémulos suspiros;
las flechas aceradas con que supo
razgar mi corazón el Minio alado;

44/
la que lleva consigo, mientras pasa,
volando siempre, con amable vuelo,
de mortal en mortal, de rosa en rosa;
múltiples flechas, en carcaj que luce
todas las tintas del color del oro.

Y á tus besos, ¡oh besos exquisitos!
mil añade, caricias indecibles,
por gracia de tu voz: dulces palabras,
que alternen con sonrisas picarescas.
O bien, por obra del capricho loco,
tus dientes pon, que muerdan, en mis la-
bios, -bios,
cual si mordieran en amable fruto.

Así como la rosa, que embebiera
los nocturnos vapores, cuando vuelven
los resplandores trémulos del alba,
despliega, para gozo de la Aurora,
tantos matices, lindos y risueños,
tus labios tan hermosos, que gustaron,
a favor del misterio de la noche,
de tantos besos, anhelantes, míos,
brillan por los mañanas a mis ojos
con jovial esplendor. Blanca diadema
les presta sus hechizos, que deslumbra.
Violetas me parecen, delicadas,
en la mano gentil, alabastrina,
de bella virgen, o cereza roja
que muestra su rubor, entre el encanto
de las flores tardías, cuando en ramas
de múltiple frontal, por mi puerto,

46/ sus galas juntan, para bien del mundo,
la Primavera, que las flores trajo,
y el rutilante, bienhechor Estío.

¡Mas, ¡ay! Cuando tus besos me embriagan,
¿por qué me obligan los adversos hados
a esquivar tus caricias y ternezas?
¡Ah, si al menos guardasen, Laura mía,
tus bellísimos labios los matices
con que brillan al Sol, — cuando la tie-
rra vuelve a sentir los besos de la Aurora, —
hasta el punto feliz en que la Noche
me devuelve al Amor y a tus caricias!
Mas, si en tanto, con artes engañosas,
algun mortal, que envidie mi ventura,
llega a libar las mieles de tu beso,
tus labios palidezcan, de repente,
con igual palidez que mis mejillas.

Los dulces labios de mi dulce amada
con dos sartas de perlas se armonizan,
tal como en finas, rutilantes joyas,
se armonizan marfiles y corales.
Vénus lo vió, y al punto, derramando
lágrimas cien y cien, con harto enojo,
a los Amores convocó, sin tino.
"Se qué me vale, - la infeliz decía, -
que mis labios bermejos, más hermosos
que los de Palas, tan hermosos sean?
¿Se qué me vale, si pregona en Tanto
cierto vate ladino que su amada
más hermosos la há, más hechizera?
Corred, matad al perverso poeta!
Los dardos requerid más heridores,
que lo hieran muy luego, fieramente.
Su pecho pasen, con airadas puntas,

48/ y el corazón le rasguen, sin clemencia.
Impero, perdonad a' la adorada.
Que fuego alguno, que la agravie, supra.
Plomiza flecha despedace solo;
parta su corazón. Su sangre toda
pare su curso. De repente sea. »

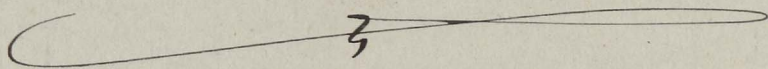
Dijo y aconteció. Fuego repando
sin cesar me devora, me consume.
Berean tu corazón ásperas rocas,
- Laura gentil, - en todo semejante,
a' las que rompen las profundas
del siciliano mar, y en tanto lloro,
te burlas, con malévolos sonrisas,
de mi importante amor. ¡Oh, cuán nigra-
ta!
¡Sufrí por ti, martirio tan horrible!
¿No lo sabes, mi bien? Porque en mis
oídos

49/ can té, con alabanzas, tus hechizos.
Ignoras tú, que vives sin cuidados,
cuánto pueden las furias de los dioses,
los extremos ignoras de las furias
que Vénus siente, si de celos sufre.

Depon tu vanidad, tan desdenosa.
Solo te animen nobles sentimientos.
Por que a tantos hechizos corresponden,
juntos en tí. Regálennme tus labios
las micles de sus besos; tus hermosos,
hermosísimos labios, sola causa
de mis grandes torturas. Prueba, prue
ba,
¡por un momento!,- con que al fin conozcas
todo mi mal,- la piel que me consume.
Y este fuego comparte, que me abrasa.
Y en tal punto, mi bien.... ¡si al fin te
rin des
entre mis brazos, con amor de nuevo!,
no temas de las iras de los dioses.

50/
No. Vénus, tan airada, te conturbe.

Puede más que los bises, la Hermosura,
si el arrebató juvenil la alienta,
si con destellos del amor esplende.



¿Porque libais, abejas diligentes,
en violetas y rosas juveniles,
de flores muchas requiriendo el juego?
¡Libad la esencia, sobre todas rica,
en la flor de los labios de mi amada.
Todas llegad, en rápido tropel.
En esta flor gentil habreis riquezas
de muchísima flor; ¡en ella sola!
Sus intimas dulzuras. Sus perfumes,
que desde lejos gustaréis, tan puros.
Lágrimas de Narciso la bañaron.
Sangre aromada de Saciuto, luego,
le prestó su virtud. Licor divino
de modo tal nació. Licor amable,
por tal origen con encanto doble,
que, en mezcla singular con aires finos
y con celeste néctar, derramados

52/ sobre miel feraz, logro' del miel
cosecha pronta de infinitas flores.

Mas no, por tal aviso, con notable
falaz ingratitude, guerrais al cabo
los derechos negarme que me asisten
para gustar de mieles tan sabrosas.
No lleveis a tal punto vuestras ansias
que pretendais llevar vuestras col-
menas, todas y al punto, de tan raras mieles.
Posara entonces mis ardientes labios
en labios secos, por la torpe culpa
de tal indiscrecion, y fuera entonces
harto el castigo que en mi mal sufriera.
Ni claveis con exceso los agudos
y ansiosos aguijones, vuestras armas,
en labios tales. Los radiantes ojos
de tan noble beldad disparan dardos
mas finos y heridores, mas agudos,

53/ que vuestros dardos. Conque impune-
mente
no sufriera, de bárbaras heridas,
hermosa tan gentil. Sabedlo abejos.
Y atended, sin cesar, a mi consejo.
Si labais de sus labios miel divina,
libadla siempre con sutil dulzura....

